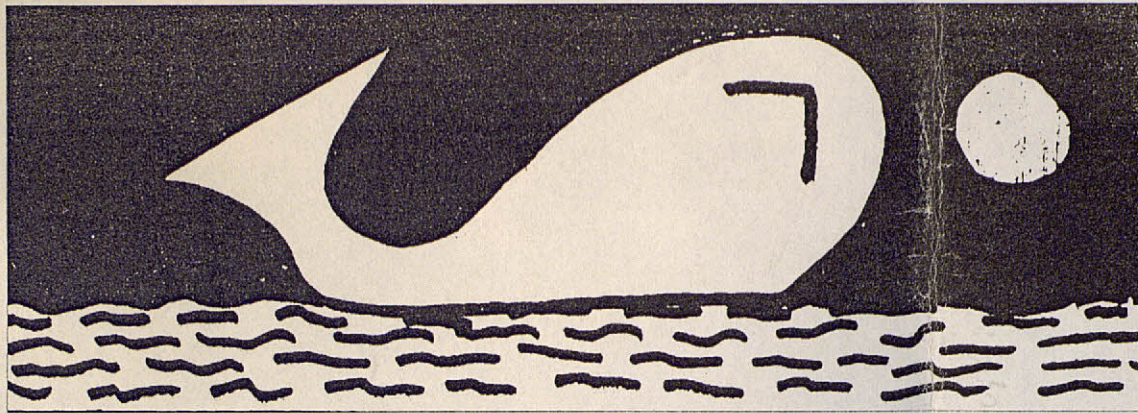


596

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

Mi ballena blanca

TODA INVENCION literaria es susceptible de muchas interpretaciones, provoca muchas y diferentes emociones. Cuanto más lograda es la invención, más diversas lecturas suscita. En muchas ocasiones, el sentido que el autor quiere dar a su obra se le tuerce, se le va de las manos, y acaba siendo otro muy distinto al que él quiso que fuera.

Estas semanas pasadas he leído varios trabajos sobre Herman Melville, con motivo del centenario de su muerte. Eso de los centenarios provoca gran cantidad de notas biográficas, ensayos críticos, análisis de textos y disquisiciones sociológicas y psicológicas sobre el autor, reflejado en tal o cual obra. Me parece bien: quizá todos estos escritos sirvan para que mucha gente se acerque a los libros de los *centenariados*. Quizá. Pero ciertos ensayos ahuyentan a posibles lectores, y ciertas críticas los desmoralizan. Son ensayos para ensayistas y críticas para críticos; no cuestionan el indudable valor de alguno de estos trabajos, profundos y meritorios. Pero me acerco, regreso a la obra de Melville, fija en la lejana memoria de mi adolescencia. Deslumbrado por *Moby Dick*, leí todas las obras que encontré de su autor, y pasé de los mares del sur a enterarme de la brutalidad de los oficiales de la marina mercante y no mercante del siglo pasado, de ingenuas aventuras amorosas a disquisiciones sobre la ambigüedad. No conocía entonces su obra en verso, más notable —pienso ahora, después de leer parte de ella— por su cantidad que por su calidad. Pero siempre volvía, y volví hoy, a *Moby Dick*.

Yo estaba fascinado por dos personajes: el capitán Ahab y la hermosísima ballena, evidentemente. Mas en ningún momento se me ocurrió pensar que la conducta del capitán era descabellada, absurda o vengativa. Que hubiese perdido una pierna, en un viaje anterior, persiguiendo al blanquísimo cetáceo, y que continuase tras él, era una muestra de pasión casi amorosa, nunca de odio. Es el mismo empeño del pescador, en *El viejo y el mar*, que Ernest Hemingway describe, noventa y nueve años después de que se publicara *Moby Dick*, y que tampoco es un empeño descabellado.

Pensaba entonces, y sigo pensando ahora, que el que desea y persigue algo, nunca fracasa; el que fracasa es el que no hace nada, el que se muere de aburrimiento en una notaría o en una oficina municipal. La obsesión del cazador por la posible presa es natural, instintiva, milenaria, y va mucho más allá del valor que para él pueda tener como alimento, como trofeo. Me refiero ahora a la actual caza al salto o en mano; no al ojeo vergonzoso ni a la caza llamada mayor, modalidades en las que el cazador no existe como tal, y se convierte en un tirador, en un ser absurdamente pasivo. Cazar así es como ir de putas, es no tener dignidad.

No, el capitán Ahab no fracasa, como tampoco fracasa don Quijote. Pero el trato que Melville y Cervantes dan a sus respectivos personajes es muy distinto. Cervantes se inventa a un narrador, Cide Hamete Benengeli, anagrama formado por las letras de su nombre y sus apellidos, y ese narrador cuenta las andanzas del caballero de la triste figura y de su escudero; pero de las miles de lecturas que la novela ofrece no se desprende jamás un juicio negativo sobre don Quijote, pese a la jocosidad que sus hechos y razonamientos puedan despertar. Es un pretendido loco en un país de cuerdos, pero resulta más idealista, valeroso y honesto que la gente que se ríe cuerdamente de él.

En la obra de Melville no ocurre lo mismo. La

ballena sí es presentada en todo su esplendor, en toda su hermosura natural. Ishmael, el narrador inventado por Melville, único superviviente del naufragio del *Pequod*, la teme y la admira. Pero el capitán Ahab no recibe igual trato. Se nos muestra como un hombre cruel, tiránico, enloquecido y soberbio, que provoca en Ishmael sombríos pensamientos sobre la maldad humana, sobre el papel y el sentido del hombre en el mundo. Ishmael es un personaje lleno de dudas y de tontas elucubraciones que no le llevan a ninguna parte, y cuyo discurso moralizante se olvida pronto.

La figura de Ahab se agiganta en el recuerdo. La fe que Ishmael busca y no encuentra es para Ahab la acción, la furia de estar vivo, de confundirse con la naturaleza. Hombres, animales, vegetales, minerales, aire y mar: todo es naturaleza. La inteligencia es tan natural como la flor del almendro. Ni la ballena ni el capitán son irracionales: son naturales, como la vida y la muerte. Intentar comprender el mundo *desde afuera*, como si no se fuese parte de él, es una deformación egocéntrica del pensamiento, que conduce al abandonismo y a la frustración. La grandeza de Ahab, como la de Eva en el Paraíso, reside en su rebeldía, en su insubmisión. La ballena y la manzana son apetecibles, pero lo apasionante es conseguirlas. La muerte no demuestra la poca importancia del hombre en el cosmos, sino que afirma que existió, que existe, y no solamente como espectador. El capitán Ahab se rebela contra las dificultades que el mar y su codiciada ballena le presentan; se rebela también contra el narrador Ishmael, que es lo mismo que rebelarse contra Melville.

Las disquisiciones morales y metafísicas de Melville se basaban más en sus creencias que en la vida. Creer en la maldad del hombre primitivo es una generalización tan simple como la afirmación de Rousseau de la bondad del salvaje. Pero lo importante en Melville no son sus sentimientos, sino su oficio de escritor. Y en ese oficio sí se basó más en sus experiencias vividas, primero en alta mar y luego en sus sórdidos y sedentarios empleos, que en su filosofía personal.

Un novelista importante, no un pensador importante. Él, Hawthorne y Whitman llenan todo el siglo XIX norteamericano. Mas su obra no fue bien acogida mientras vivió. Ha sido en este siglo que termina cuando se la ha valorado. Poco le interesa al lector de hoy conocer la sociedad americana de entonces, y es una pena que se prefiera picotear en su azarosa y desgraciada vida y sacar luego unas pocas serias conclusiones sobre su obra. Sin saber del inicio de un capitalismo desahogado, de un divinizado individualismo o de un blando y falso idealismo, reinantes en la sociedad norteamericana de la época, poco sentido tiene su vida. Su obra sí la tiene.

Melville, sin saberlo y sin pretenderlo, luchó como Ahab, y no es cierto que ambos fracasaran. Digo sin saberlo, pues *Moby Dick* se publicó en 1851, y Melville murió cuarenta años después, los peores de su vida. Su pesimismo no le resta grandeza: fue un pesimista rebelde contra una sociedad que no le gustaba y persiguió, con tenacidad, conseguir una obra bien hecha, en medio de un mar humano tan bello, cambiante y terrible como el océano. Su ballena blanca era la gloria literaria, y el capitán Ahab, cojo, vociferante, enfebrecido y obseso, le justifica sobradamente: un personaje que escapa de los juicios moralizantes del narrador Ishmael, que escapa de la novela y que todavía sigue navegando, en mi recuerdo, detrás de su pasión: *Moby Dick*.

RINCON DEL LECTOR

La mente del emperador no será un ordenador

❖ PURA C. ROY

LENA DE CIENCIA e impregnada de filosofía, esta obra de Roger Penrose, *La nueva mente del emperador*, entra a hacer un ataque directo contra los que piensan que un día, tal vez no muy lejano, los algoritmos de un ordenador estarán tan perfeccionados que podrán emular sin dificultad la mente humana. Y con su complejidad y rapidez harán lo que ahora es sólo del dominio de la inteligencia del hombre.

Roger Penrose no sólo pone en duda que con los conocimientos actuales no se pueden fabricar máquinas capaces de pensar; también cree que esto no va a ser posible nunca. Para demostrar esta tesis, este matemático británico no se ciñe exclusivamente a hablar de inteligencia artificial sino que hace también todo un recorrido exhaustivo por las grandes teorías que se han generado en el campo de la física a lo largo de los siglos y sobre todo de este último. Es una excusa perfecta para demostrar su amplia gama de conocimientos científicos. Por último se adentra en el mundo prácticamente desconocido del funcionamiento del cerebro.

A pesar de estar plagado de fórmulas, el lector no avezado puede saltárselas y disfrutar del texto, ya que está escrito en un lenguaje claro y apasionado. Penrose, a pesar de adentrarse en un mundo de conocimientos complejos, no ha escrito un libro inasequible.



La nueva mente del emperador

Roger Penrose
Editorial Mondadori
Madrid, 1991.

El desbordamiento de la imaginación

❖ MONICA MARTINEZ

EL AÑO DEL DESPERTAR es un canto a la imaginación. Es un relato vigoroso, construido con una expresividad muy próxima a lo espeluznante pero que no pierde en ningún momento el sentido del humor. Charles Juliet escribe un relato con visos autobiográficos. Narra los recuerdos de un adolescente en una escuela militar de Provenza. El protagonista es un joven pastor que, de repente, se ve un día convertido en un *niño de tropa*.

Su nueva experiencia contrasta con la vida a la que estaba acostumbrado, con las fértiles colinas por las que corría junto a su rebaño, su perra y su vaca. Su existencia cambia radicalmente cuando se traslada a la ciudad y comienza a vivir sensaciones y sentimientos que nunca había experimentado: el primer amor por una mujer mayor, su pasión por dos deportes desconocidos para él —el boxeo y el rugby—, las novatadas y la obsesión por la posibilidad de morir joven.

Charles Juliet obtuvo el premio de las lectoras de la revista femenina *Elle* por esta novela, que ha servido para inspirar el filme del mismo nombre dirigido por Gérard Corbiau.

Juliet ha elegido para su narración un tono intimista. Es un diario escrito para acallar el dolor. Quizá este tono hace que el lector se identifique con lo narrado. Su estructura es clásica y equilibrada, un aliciente más para su lectura.



El año del despertar

Charles Juliet
Ediciones Circe
Barcelona, 1991. 205 págs.

MI CAPITAN A H A B